

Junto al interés que ha despertado el diseño del proyecto (gran estructura de madera con cobre, iceberg rodeado por una plataforma revestida en lapislázuli) el «discurso» que lo sustenta ha generado un debate y un abanico de opiniones. Si bien es cierto que a Sevilla se está llevando un desideratum más que una realidad, y que la identidad del país no se agota en la imagen de la eficiencia «fría» y «confiable» de la masa de hielo, no es menos cierto que tras esta polémica late un tema de no poca trascendencia, sobre todo para un país pequeño y periférico, que intenta conjugar democracia, pluralismo, justicia social y modernidad.

Tres son, básicamente, las ideas-fuerza de la propuesta que se lleva a Sevilla: Chile, país diferente; Chile, país ganador, y Chile, país moderno. Al postularlo como un país diferente, se piensa, sin duda, en el resto de América Latina. Aun cuando todo signo estético es polisémico, en la intencionalidad de los diseñadores el iceberg connota la idea de que somos un país «frío», no «cálido», que no se ajusta a los rasgos que caracterizan en la imaginación europea al modo de ser latinoamericano: el tropicalismo, la informalidad y lo premoderno. Se trataría también de alejar imágenes culturales vinculadas a la década de los sesenta, imágenes como el folclore, el testimonio, o la denuncia, imágenes cuya capacidad de convocatoria habría periclitado y que serían disfuncionales para el mundo de los negocios.

La operación pretendería, entonces, refundar nuestra identidad en la diferencia, por una parte, con el resto de las naciones latinoamericanas y, por otra, con nuestro propio pasado. El diagnóstico de esta diferencia se sustentaría en el proceso de cortar las amarras que nos mantienen anclados al subdesarrollo: estaríamos dejando de ser «sudacas» para convertirnos, por lo menos, en ambición y mentalidad, en modernos. Y luego, desde esa condición, y como tales, desplegar las velas y navegar por las posibilidades ilimitadas a que el viento de la modernidad nos pueda conducir (triángulo de las Bermudas incluido).

La idea de «país diferente» tiene cierto *pedigree* en nuestro medio, particularmente en algunos planteamientos geopolíticos del gobierno pasado: en la idea de que los lazos con Taiwan o Corea del Sur importaban mucho más que los vínculos que pudiéramos establecer con el resto de los países del continente. Paul Johnson, perio-

dista e intelectual inglés muy apreciado en esos círculos, avalando el aislamiento de Chile del resto de los países de la región, decía: «Si se meten dos enfermos en una misma cama, la condición de ambos, lejos de mejorar, empeora». Se trata de posturas que privilegian únicamente la dimensión económica y tecnocrática de la modernización, ignorando del todo su dimensión cultural.

¿Pero a qué apuntamos cuando decimos que esta visión de la modernidad ignora la dimensión cultural de la misma? La mundialización de los mercados, la internacionalización de las nuevas tecnologías y de los hábitos de consumo (los video clubs, por ejemplo), constituyen hoy por hoy fenómenos ineludibles, directamente vinculados a la modernización. Levantar banderas autoctonistas o purismos culturales a ultranza resultaría, en este contexto, un ejercicio gratuito de mera nostalgia. El fenómeno de la modernidad y de la transnacionalización conlleva, sin embargo, un nuevo y enorme desafío: la necesidad de que un país participe en ese proceso desde un espesor propio y desde un lugar determinado. Solamente haciéndonos cargo sin anteojeras de lo que histórica y culturalmente somos, podremos habitar con densidad el presente y el futuro.

La afirmación de una sociedad en su historia y en su heterogeneidad cultural, resulta fundamental para afrontar desde un lugar propio su participación en el proceso de modernización. Afirmar que en Chile no hay problemas étnicos; desconocer, por ejemplo, los problemas de la cultura mapuche y no valorar su identidad, es lisa y llanamente una ceguera. Con todo lo necesaria y deseable que pueda ser la modernización, si no se asume tomando en cuenta la particularidad e identidad cultural de los distintos sectores que componen la comunidad nacional, ella puede acarrear graves fenómenos de apatía y disolución social.

No debemos desaprovechar, en este sentido, nuestra condición de periferia; condición que nos permite mirar con ojo alerta las consecuencias de todo orden que va teniendo el proceso de modernización en países desarrollados, especialmente donde éste se ha orientado casi exclusivamente por el mercado sin prestar atención a la identidad y diversidad culturales. La lección que se desprende de la experiencia de esos países —particularmente del caso de Estados Unidos (negros, puertorriqueños, chicanos, etc.)— es que la modernización debe ser con res-

pecto a los distintos sectores culturales como un guante con respecto a los dedos de una mano. Solamente en la medida en que la heterogeneidad cultural del país sea salvaguardada y se la conjugue con el proceso de modernización, se estarán sentando las bases para que el aporte creador de cada individuo pueda expresarse y contribuir plenamente a un Chile moderno.

Si estamos de acuerdo en que nuestro espesor cultural conforma el piso con el cual debemos conjugar la modernización, ello, necesariamente, nos remite y vincula con el resto de América Latina. Con esa región con la que compartimos lenguaje, historia, problemas y perspectivas. Incluso padres tutelares como Simón Bolívar, Andrés Bello y Rubén Darío (todos provenientes de países cálidos). Al planteamiento del «país diferente» subyace, por lo tanto, una concepción eminentemente tecnocrática de la modernidad, que hace tabla rasa del ethos cultural. Desde esta postura, por ejemplo —y no se nos escapa que estamos caricaturizando— podría sostenerse la necesidad de que mañana recurramos al inglés como lengua nacional, porque es el idioma más eficiente para la modernización. Se trata de un modelo que apunta a una humanidad futura transnacionalizada y homogénea, de carácter unicultural. Un modelo que para Chile y América Latina resulta —a nuestro juicio— altamente discutible.

Por otra parte, en un mundo interconectado como el actual, los desafíos económicos, sociales, políticos y ecológicos a que nos enfrentamos no podrán ser resueltos en un solo país, si es que ellos persisten en los países vecinos de la región. De modo que hasta en la propia perspectiva de la modernización en curso, resulta inadecuado y cortoplacista plantearse como la Suiza o la Inglaterra de América Latina, como un país isla, único y diferente. Cabe señalar, empero, que el gobierno del presidente Aylwin, felizmente no se ha guiado por estos cantos de sirena, y en los dos años de gobierno ha llevado a cabo una actividad política de integración con el resto de los países de América Latina, revirtiendo así prácticas del régimen pasado.

La segunda idea-fuerza, la de país ganador, corresponde más bien a un tono, a una actitud. Tiene también precedentes en un lema del gobierno anterior, en el «Vamos bien, mañana mejor». Chile es, qué duda cabe, un país con logros. El dinamismo económico, el aumento de las

exportaciones, el manejo de la deuda externa y de algunas variables macroeconómicas han sido exitosos, y hasta ejemplares —se dice— en el concierto latinoamericano. La transición camina y la democratización de la vida política e institucional (en la medida que las circunstancias lo permiten) avanza. Con todo también somos —en este plano— un país con perspectivas de éxito, en la medida que se aleja cada vez más la posibilidad de una regresión autoritaria.

Sin embargo, la idea del «super país», incluso como actitud mental, corresponde a un estilo voluntarista y parcial. Al estilo del país cachetón que habla por teléfono celular, que presume por la cantidad de Kentucky Fried Chickens, de McDonalds y de Malls, o por el número de estaciones extranjeras interesadas en retransmitir el Festival de Viña del Mar. Se trata de una visión que focaliza la mirada en sólo una cara de nuestra realidad, y que prescinde de la otra. Que olvida que junto a las islas de modernidad coexisten bolsones de atraso y pobreza. Precisamente el país será verdaderamente un país ganador, cuando lo sea en su totalidad, cuando la distancia entre La Dehesa y La Pintana se acorte. Nos enfrentamos, por ende, a objetivos en vías de lograrse, más bien que a logros ya obtenidos. Resulta bastante más realista y ético, en esta perspectiva, en lugar de la visión soberbia y yuppie del «super país», la visión más sobria de un país que ha avanzado, pero al que le quedan todavía muchas etapas y metas por cumplir.

No hay que olvidar, por lo demás, que nuestros éxitos —incluso los económicos— son frágiles y que de repente se han visto amenazados por dos granos de uvas, por la posibilidad de una epidemia de cólera o por unos supuestos ejercicios de enlace.

Las dos ideas-fuerza anteriores se refunden en lo que es el *leit motiv* del proyecto: Chile país moderno. Pero ¿qué significa aspirar a que Chile sea un país moderno? Pareciera que —para los responsables del pabellón— el componente único de la modernización es la eficiencia y desarrollo económico. Un país es moderno cuando crece y se expande, cuando amplía el dominio y aprovechamiento de los recursos naturales, técnicos y humanos y sobre todo cuando es capaz de optimizar la producción, circulación e intercambio de bienes. «Chile —dice un material sobre la Feria— se siente capaz y lo demuestra. Compite y gana... Crece. Produce y aumenta su influencia.»

Desde nuestro punto de vista, la concepción reductivamente economicista y tecnocrática de la modernización resulta —en la medida que carece de valores— insuficiente. La modernización es un medio para enriquecer la calidad de vida de los habitantes de un país; reconocerla como un medio (y no como un fin en sí) implica vincularla necesariamente a un parámetro axiológico. ¿Cuál?: el que plantea la relación con calidad de vida y felicidad (en sentido humanista del término) de los habitantes del país. Ese y no otro debiera ser la brújula que guía el proceso (en la medida que éste pueda guiarse) de la modernización.

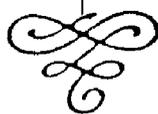
La aspiración a ser un país moderno debiera incluir, por ende, una conjugación de ese proceso con el espesor y la heterogeneidad cultural de sus habitantes. También debiera incluir un propósito de secularización y autonomía de las diversas instancias de la sociedad civil y política. Buscar el desarrollo de la vida artística, universitaria, científica, militar, jurídica, etc... cada campo en su respectiva especificidad y autonomía. Nada hay tan poco moderno como unas Fuerzas Armadas cuyo Comandante en Jefe participa en política; o un poder judicial que carece de independencia y legitimidad. El país moderno debiera contemplar, además, un proyecto de democratización que tienda a incorporar a todos los habi-

tantes del país a los beneficios de la educación, la salud, el trabajo, la comunicación, el deporte y la cultura.

Asumiendo estos desafíos y conjugándolos con lo que somos, con nuestro espesor cultural, la modernización se convierte en un proyecto que estamos apenas comenzando a encarar. En términos reales y sobrios, vale decir no publicitarios, nos encontramos por ende al comienzo de un camino por recorrer (tal como el resto de América Latina). Situación esta que no justifica el lema de país diferente ni menos el tono de país ganador.

Se podrá contraargumentar que no hay que ser tan puristas frente al Pabellón que se lleva a Sevilla, que se trata sólo de ideas publicitarias en el marco de una estrategia de posicionamiento del país. Aun cuando fuese así, y aceptando la perspectiva de una campaña para atraer inversionistas, nos atreveríamos a sugerir la conveniencia de resemantizar el símbolo del témpano y vincularlo a otras ideas; por ejemplo, a las ideas de confin, turismo antártico o preocupación ecológica. Con un reajuste semántico de esta índole sería muchos menos embarazoso si por alguna casualidad el *iceberg* de marras llegara —entre medio de tanto país «cálido»— a derretirse.

Bernardo Subercaseaux





Revista de Occidente

Revista mensual fundada en 1923 por
José Ortega y Gasset

leer, pensar, saber

j. t. fraser • maría zambrano • umberto eco • james
buchanan • jean-françois lyotard • george steiner • julio
çaro baroja • raymond carr • norbert elias • julio cortázar
• gianni vattimo • j. l. lópez aranguren • georg simmel •
georges duby • javier muguerza • naguib mahfuz • susan
sontag • mijail bajtin • ángel gonzález • jürgen habermas
• a. j. greimas • juan benet • richard rorty • paul ricoeur
• mario bunge • pierre bourdieu • isaiah berlin • michel
maffesoli • claude lévi-strauss • octavio paz • jean
baudrillard • iris murdoch • rafael alberti • jacques
derrida • ramón carande • robert darnton • rosa chacel

Edita: Fundación José Ortega y Gasset
Fortuny, 53. 28010 Madrid. Tel. 410 44 12

Distribuye: Comercial Atheneum
Rufino González, 26. 28037 Madrid. Tel. 754 20 62